

## El conquistador español y el espacio americano

Por *Andrei KOFMAN*\*

EL PROBLEMA DE LA RELACIÓN DEL CONQUISTADOR con el espacio del Nuevo Mundo se suele investigar sólo en un aspecto: la transformación de dicho espacio por los españoles. Esto es comprensible, ya que los resultados de tal influjo son materiales y por ende evidentes: los advenedizos destruyeron las comunidades indígenas, fundaron pueblos nuevos, tendieron caminos, llevaron nuevas especies de animales, nuevas plantas etc. Pero las relaciones del hombre con el espacio donde habita siempre tienen doble cara: el espacio, convertido en la imagen, también ejerce cierta influencia en la conciencia del hombre y, por ende, en su cosmovisión y en su conducta. Esta influencia es puramente espiritual y, por eso, es difícil definirla en términos rigurosos.

Como regla general la imagen del espacio entra en la conciencia de un hombre gradualmente y de modo natural desde su niñez. Pero en los conquistadores fue algo muy distinto, cuando después del brusco traslado al espacio ajeno, experimentaron el choque psicológico de adaptarse al medio nuevo, lo que implica un tremendo desgaste físico y espiritual. Claro está que en este caso el influjo del espacio, aunque casi no fue tomado en consideración, fue incomparablemente mayor porque explica mucho de la psicología y de la motivación de su conducta. Parece que ellos mismos se daban cuenta de este influjo, ya que, sin renegar de la “madre España”, se sentían distintos de los habitantes de la metrópoli.

Cuando nos preguntamos cómo fue posible la exploración y la conquista de América en un plazo tan breve y con un número tan reducido de gente, los historiadores habitualmente señalan causas de carácter material. Se trata de las diferencias en el nivel de desarrollo de las civilizaciones indígena y europea, de la influencia de los mitos en la conducta de los indígenas, de las ventajas del armamento europeo etc. Todas estas respuestas, siendo correctas, no son completas, porque pasan por alto lo principal, es decir, la enorme, casi fantástica, energía

\* Doctor en Filología, investigador titular del Instituto de Literatura Mundial de la Academia de Ciencias de Rusia. Autor de *La imago mundi en la conciencia artística latinoamericana* (1998, en ruso) y *América de las maravillas no realizadas* (2002, en ruso).

del conquistador, la que en buena parte lo distinguía de las generaciones anteriores. ¿Cuáles eran las fuentes de esta energía? Sin duda su móvil principal era meramente material, la posibilidad de cambiar el destino y obtener fortuna. Pero al lado de esto hubo otras fuentes de energía, el tiempo y el espacio.

Los primeros años del siglo xvi marcaron la transición, bastante brusca, entre Medioevo y Modernidad. Las épocas cruciales siempre producen protuberancias de la energía humana. La creciente dinámica del proceso histórico engendra a los hombres de acción, a la vez que su mente se hace fronteriza, dual, contradictoria. La mente armónica, integral, estable, tiende a defender su estabilidad con el caparazón del reglamento. Otro tipo de conciencia, que está desgarrada entre valores opuestos, produce energía, que se manifiesta en la búsqueda constante, en el afán de destrucción y creación. La ruptura entre estas dos épocas de la historia europea quizás se reveló con la mayor nitidez en la conciencia de los conquistadores, dual y contradictoria, como su conducta y sus *hazañas*.

Los grandes descubrimientos geográficos fueron la respuesta más adecuada a las demandas del tiempo. La energía, producida en el cruce de las épocas, encontró un campo digno para su empleo, un espacio grandioso que iba abriéndose ante el hombre asombrado. Este espacio nuevo produjo una revolución en la conciencia humana.

Esevidente que la *imago mundi*, siendo producto de la conciencia, ejerce a su vez influencia sobre la mentalidad del hombre, formando, en buena parte, su cosmovisión e influyendo en sus capacidades, modos de su conducta etc. En la imagen medieval de la *ecumene*, es decir de la tierra conocida por los europeos, tuvo un gran papel la noción de la última frontera, del límite. En el norte estaba la zona de hielos, donde es imposible vivir. En el sur se consideraba que había una zona ecuatorial muy cálida, que era imposible traspasar. Al este, tras la lejana Moscovia, como decían los cosmógrafos, “se extienden las tierras de la oscuridad, donde no se ve nada y donde viven solamente demonios y dragones”. Al sudeste estaban las tierras seductoras de India, Catay (China) y Cipango (Japón), pero el camino hacia allá era muy largo, muy duro y peligroso; de todas maneras esta ruta fue cortada cuando los turcos tomaron Constantinopla.

Y además existía la frontera occidental, que tenía un significado muy especial para la mentalidad del hombre europeo. Esta frontera estaba formada por el Océano Atlántico, llamado en latín *Mare Tenebrarum* y considerado como límite del mundo habitado. ¿Por qué? Para comprenderlo transportémonos a los tiempos míticos, cuando

realizó sus hazañas Heracles. Como se sabe, su décima hazaña fue llevar al rey Eurisfeo las vacas del gigante Gerión, que vivía en la isla Erifía, situada al oeste, en un océano donde los marineros ni siquiera se atrevían a navegar. En su viaje a esta isla Heracles erigió dos grandes rocas parecidas a dos columnas, y después pronunció sus famosas palabras que más tarde fueron traducidas al latín como "*nec plus ultra*" lo que significa: es imposible ir más allá, aquí está el límite.

Es por eso que en la Antigüedad y en el Medioevo el estrecho de Gibraltar se consideraba como el límite occidental de la Tierra. Muchos creían que allá, en el lejano occidente, el *Mare Tenebrarum* caía con estruendo al abismo o que el Océano se unía con el cielo. Es difícil imaginarnos ahora qué miedo sentían los marineros ante el océano. Así se explica por qué, para completar la tripulación de la primera expedición de Colón, los Reyes Católicos otorgaron amnistía a los delincuentes que estuvieran dispuestas a participar en tan peligrosa empresa.

Entonces, para un europeo medieval la ecumene se presentaba como un cuadrado delimitado por fronteras simétricas: la zona de hielo en el norte se corresponde con la zona ardiente del sur; las tierras de tinieblas del este se corresponden con el *Mare Tenebrarum* en el oeste. Claro está que estas fronteras espaciales se proyectaban en la conciencia, transformándose en fronteras ontológicas.

A fines del siglo xv en pocos años se abrieron enormes fronteras espaciales. Colón atravesó el *Mare Tenebrarum* superando el límite establecido desde tiempos remotos; él violó la prohibición de Heracles, tachando la palabra "nec". Es por eso que en el escudo de España, a los dos lados del águila, aparecieron dos columnas con una cinta y el letrero con el orgulloso "plus ultra". Al atravesar el océano, Colón rompió dos fronteras espaciales: la occidental y la oriental. La última porque todos pensaron que el Almirante había llegado a las fronteras de Asia. Y seis años después Vasco de Gama también rebasó dos fronteras espaciales, la del sur y la del este. Se derrumbaron no solamente las fronteras espaciales, sino también los límites de la conciencia humana, lo que transformó al hombre abriéndole un amplio camino para el traslado en el espacio y para el desarrollo de la iniciativa. Al cabo de una docena de años sucedió el nuevo y, quizás, principal cambio, en la *imago mundi* europea cuando se afirmó la opinión de que Colón había descubierto dos grandes continentes.

En el uso habitual el sentido de las palabras suele perder su frescura. Pero tratemos de apartarnos de lo habitual y reestablecer la poderosa energía primordial de las palabras *Novus Mundus*, Mundo Nuevo. Esta noción, verdaderamente revolucionaria, derrumbó la *imago mundi*

formada durante milenios en la historia europea. El espacio de la existencia humana se amplió enormemente, lo que se manifiesta en el primer mapamundi con dos hemisferios. Junto con el espacio se ampliaron, en la conciencia humana, las fronteras de lo posible, y esta nueva noción de lo posible busca realizarse en la acción.

Hay que tener en cuenta que a principios del siglo XVI un viaje a través del Océano no se veía como hoy. Era la superación del límite, el paso, digamos, a otro mundo, situado al lado opuesto de la Tierra donde, en opinión de los científicos antiguos, habitaban los antípodas, seres completamente diferentes del ser humano. Era el mundo que rompía la norma europea. Y los que atravesaban el límite también superaban la norma en su conciencia y en su conducta. Este encuentro de dos anomalías, la de la realidad y la del hombre, en buena parte definió el carácter fantástico de la conquista. Allí, en esas tierras, el europeo esperaba encontrar los milagros de los que tanto había leído y escuchado.

Entonces los españoles llegaron al Nuevo Mundo, traspasaron el límite y entraron en un espacio completamente distinto, en otra realidad geográfica, histórica y social. Aquí su experiencia anterior nada valió. Al principio experimentaron un verdadero choque psicológico, al que se agregó el tremendo esfuerzo físico. No todos pasaron la prueba: unos perecieron, otros huyeron a España —así sucede la selección natural. Pero los que se quedaron, fortalecidos de cuerpo y de alma, aprendieron a vivir lo nuevo.

¿Qué pasaba con esta gente en las tierras del Nuevo Mundo? En primer lugar, la realidad de América aumentaba como levadura los rasgos ya establecidos del carácter nacional y los propios de la época y la cultura. Si tenemos en cuenta el hecho de que con el fin de la Reconquista, en 1492, en España se inauguró una época nueva, resulta que América devolvió al conquistador a los tiempos de las Cruzadas, resucitando su memoria cultural y su espíritu nacional. En efecto, si tomamos rasgo por rasgo del carácter nacional español, incluyendo su bagaje intelectual, veremos que en América todos estos rasgos tuvieron móviles complementarios para el desarrollo.

Este espíritu guerrero, formado durante la Reconquista, ya no pudo encontrar aplicación en la pacificada España. Pero el Nuevo Mundo les proponía a los conquistadores una escala de acción completamente nueva, mucho más amplia que la de la Reconquista. La religiosidad exaltada, tan propia de los españoles, siempre se eleva contra los heterodoxos, llegando al máximo en la guerra religiosa. Y los conquistadores consideraron la conquista como una guerra religiosa, teniendo en cuenta su fin proclamado que era la evangelización. Sin embargo, el

contacto con los aborígenes, rasgo muy peculiar de la conquista española a diferencia de la inglesa y la francesa en la América del Norte, por una parte disminuía el fanatismo religioso, y, por otra parte, nutría la tolerancia racial, también muy característica de los españoles. Hay que destacar que este rasgo del carácter nacional, casi perdido en la misma España de aquel entonces, en el Nuevo Mundo se convirtió en un *modus vivendi*.

En el Nuevo Mundo el marcado individualismo español también crece y se agudiza. El espacio desconocido y sin límite presta una variedad infinita de posibilidades para la elección de la ruta y la toma de decisiones, lo que depende completamente del capitán general. Él toma la responsabilidad total por las vidas de su gente, así como por la suya propia. Al mismo tiempo sus soldados y capitanes confían en sí mismos; en las condiciones extremas de la expedición cada uno está sobreviviendo solo. Por eso cada uno considera cada conquista como su logro personal y se siente el amo de las tierras conquistadas. Basta recordar las palabras de Belalcázar: "Dios está en el cielo, el rey está lejos y aquí yo soy el amo".

El Nuevo Mundo agudiza el afán de gloria, de reconocimiento, el que forma la base del complejo psicológico caracterizado en la frase "ir a valer más". Claro está que el Nuevo Mundo prestaba a un español más amplias posibilidades de realización, incomparables con las de su España natal. En la conciencia del conquistador la amplitud del espacio desconocido se asocia con la multitud de caminos que llevan a la fortuna y a la gloria. El espacio sin límite presupone un sinfín de posibilidades.

Lo confirma la misma realidad del Nuevo Mundo, la que revivió mitos medievales y peripecias de las novelas caballerescas que llenaban el bagaje intelectual del conquistador. La fe en las maravillas de las tierras lejanas no era un rasgo peculiar de los conquistadores; al contrario, habiendo sido engendrada por la cultura de la Antigüedad y del Medioevo, fue heredada por todos los que vivían en la época de los descubrimientos, incluyendo la élite intelectual. Pero, a diferencia de los monjes y otros hombres, los exploradores y conquistadores del Nuevo Mundo peregrinaron realmente a tierras lejanas, esperando ver milagros, y de hecho los "vieron" a cada paso. Lo que para otros era sólo una descripción para ellos se convirtió en una realidad o casi en realidad, lo que dio a sus fantasías una calidad muy especial, acercándolos a las alucinaciones.

Pero América no se limita a los viejos estereotipos de "los milagros de Oriente". El Nuevo Mundo muestra al europeo asombrado una realidad nueva de la que él no tenía ni la menor idea. Por eso, los

exploradores del continente a veces experimentan un verdadero choque psicológico ante la realidad desconocida. Este asombro a veces llevaba a la mudez: el cronista tuvo que recurrir a la figura retórica del silencio.

Pese a su nombre, el Nuevo Mundo renovó y amplificó los límites de lo maravilloso. La aparición en el mapamundi de dos continentes ignotos, para los omniscientes sabios de la Antigüedad, era por sí mismo un milagro. El Nuevo Mundo parecía a los europeos una tierra maravillosa. De ahí proviene la credulidad de los conquistadores, que hoy día se percibe, a veces, como algo infantil. Bastaba un rumor vago sobre una ciudad de oro, no se sabía bien dónde, para que unos centenares de hombres se arrojasen a la selva al encuentro de su muerte. En efecto, si revisamos la lista de las expediciones exploradoras más significativas, veremos que la mayoría de ellas fue emprendida en busca de fantasmas. América del Norte, desde California hasta Carolina, fue explorada en búsqueda de los reinos de las Siete Ciudades de Cibola, Gran Quivira, Cuza, Copala, Totoneac, Tegwayo. En la América Central es la ciudad de oro Dabaiba; en la América del Sur, además del famoso El Dorado, los reinos de Meta y Casa del Sol en Venezuela, Gerira en Colombia, Omagua en Brasil, la Ciudad de los Doce Césares y el Reino Blanco en el Plata, Gran Paititi en Paraguay, el reino de Leuchengorma en Chile, el imperio de Manoa en Guayana. Y claro está, abundaban por todas partes las amazonas con sus riquezas fabulosas. En la búsqueda de espejismos fue explorada y conquistada la parte mayor de ambos continentes; sin este elemento fantástico la conquista no hubiera podido ser realizada en plazo tan corto y con un número de gente tan reducido.

La realidad del Nuevo Mundo no solamente agudiza los rasgos “hereditarios” del carácter español, sino los modifica, lo esculpe según su propia imagen y apariencia. El mismo espacio del Nuevo Mundo se convertía en fuente de energía de los exploradores y conquistadores, ya que el espacio lanzaba el reto al hombre y este reto provocaba la respuesta adecuada. Para la conquista del espacio grandioso se exigen esfuerzos adecuados, físicos y espirituales, lo que a fin de cuentas llevaba a cambios profundos en la conciencia del hombre.

Si en el Nuevo Mundo todo es posible, los conquistadores mismos pierden el sentido del límite. La abundancia de las maravillas en la realidad circundante les hace realizar milagros. Como el Nuevo Mundo rompe las normas europeas, así el conquistador traspasa los límites del miedo y de lo razonable. No fueron capaces de valorar juiciosamente las distancias ni los peligros que les esperaban, ni las fuerzas del enemigo; pero todo esto paradójicamente se compensa con su incapacidad de valorar sus propias posibilidades y fuerzas. Si hubieran conocido lo

que les esperaba, nunca se hubieran atrevido a conquistar con un puñado de gente imperios enteros. Su inconciencia a veces los llevaba a la victoria, porque conocían el balance real de las fuerzas sólo cuando era demasiado tarde para retroceder. Y entonces traspasaban sus límites humanos y realizaban milagros. Basta un solo paso que trascienda la norma y se pierde el sentido de lo imposible. Una victoria milagrosa da la certeza en victorias futuras. Así, el espacio y la fe en el milagro modelan el carácter del conquistador.

El Nuevo Mundo cultiva en los forasteros la tenacidad sin límite, la que los hace no tomar en consideración las pérdidas de tiempo y de gente, y emprender de nuevo intentos fallidos. Esta tenacidad puede ser interpretada como maniaca, especialmente si tenemos en cuenta el hecho de que los conquistadores persiguieron fantasmas. Y no es casual que tal interpretación surja en la ciencia histórica. Así, en su libro *Exploradores de Indias* el psiquiatra y escritor venezolano Francisco Herrera Luque afirma que los conquistadores eran personas con mentalidad deformada y que su “herencia psíquica patológica” hasta hoy se revela en el alto porcentaje de las enfermedades psíquicas en Venezuela. Claro, es una valoración de médico, que tiene que saber perfectamente la norma para curar las desviaciones de ella. Pero hay que tener en cuenta, primero, que en aquella época la norma era otra, y segundo, que los conquistadores, colocados en una realidad anormal, rompieron hasta la norma que prevalecía en su tiempo. La tenacidad del conquistador en primer lugar tuvo móviles materiales, ya que las expediciones se organizaron a cuenta de los mismos participantes, que jugaron todo a una carta, y el fracaso para ellos equivalía a la ruina. Lo complementaban todos los estímulos psicológicos del complejo “ir a valer más”, agudizado por la ausencia del sentido de lo imposible y la percepción fantástica de la realidad. Además la tenacidad del conquistador se explica por la atracción “hipnótica” del espacio del Nuevo Mundo.

En el siglo xvi por toda Europa se divulgaban rumores sobre los españoles que regresaron del Nuevo Mundo enriquecidos y gozaban de vida tranquila. Pero de hecho no era más que un mito —por lo menos en lo que se relaciona a la vida próspera y tranquila de los conquistadores en la patria. De tres docenas de los conquistadores más famosos sólo unos pocos acabaron su vida en España (Cabeza de Vaca, Cortés, Guzmán) y ninguno de ellos vivió en el lujo ni se sentía feliz. Los otros encontraron su muerte en América, y en la mayoría de los casos fue una muerte violenta. En efecto, muchos volvían a España, pero regresaban solamente para pedir al rey una nueva capitulación y

arrojarse a lo desconocido. Es muy característico el ejemplo de Hernando de Soto, que regresó de Perú tan rico que hasta los miembros de la familia real le pidieron prestado. Sin embargo, gastó todo el dinero para organizar una expedición a la América del Norte. ¿Qué lo impulsaba? La respuesta simplista —“codicia insaciable”— ya no puede satisfacer ni a un adolescente. Sin duda quería “valer más”, quería obtener la gloria y dejar memoria de sí mismo. La obtuvo y la dejó a la posteridad —al precio de su muerte. Pero eso no explica todo, ya que hubo innumerables casos en que el conquistador, que se había asegurado una vida próspera, se alistó en la expedición nueva como simple peón o jinete sin pretender la gloria personal. Mejor será prestar la palabra a Pedro Cieza de León:

Y esto en mí mismo he conocido la experiencia, que, cuando andaba en algún descubrimiento trabajoso, juraba e afirmaba que antes moriría que volver a otra jornada si de aquella me salía, mas luego se nos olvida e deseamos vernos ya en otra; y estos, arrepintiéndose de entrar con Candia, volvieron con Peranzures, e haciendo lo mismo con él, fueron después con Diego de Rojas, y así han andado e andarán en estas conquistas hasta que mueran o tengan de comer.

Hubo, entonces, algo más que la codicia y el afán de gloria, que atraía a los conquistadores a las jornadas nuevas. Cieza de León lo indicó inconscientemente al haber usado la palabra “descubrimiento”. En efecto, era la pasión exploradora, el afán de lo nuevo, la curiosidad aguda. Estos rasgos muy peculiares del conquistador se formaron en el Nuevo Mundo bajo el influjo del espacio americano. Considero que cuando uno se siente explorador de un espacio desconocido experimenta una de las emociones humanas más fuertes. Pero no lo sabemos, porque nunca la experimentaremos y, salvo unos pocos, ya no tenemos la posibilidad de experimentarla. Y en el siglo XVI era el sentimiento de masas. Nunca en la historia de la humanidad se ha abierto tanta vastedad del espacio desconocido. El explorador podrá descubrir un continente, una gran isla, un gran río, una sierra, una ciudad, todo un pueblo, un país, un imperio. ¿Acaso esto no atraía al conquistador?

En efecto, el espacio desconocido prometía a su explorador la curiosidad aguda y el anhelo de lo nuevo. Parece que la mayoría de los conquistadores pudieran repetir las palabras que pronunció en Florida Juan Ponce de León: “Gracias te sean dadas, Señor, que me permites contemplar algo nuevo”. Hay que subrayar que la curiosidad del conquistador fue agudizada por su fe en lo maravilloso. Si se espera el encuentro con el milagro a cada paso —¡cuán difícil resulta retroceder!

¡Tal vez allá, tras aquel monte o aquel río espere un milagro! Esta esperanza da fuerzas a la gente mortificada. Así, el afán de lo nuevo fue una de las fuentes de energía del conquistador.

La pasión exploradora del conquistador tuvo un constituyente más. De las muchas docenas de jornadas eran muy pocas las que enriquecieron a sus participantes; y de las otras, los que tuvieron suerte de regresar, volvieron con las manos vacías. Sin embargo, no con el corazón vacío, porque cada expedición se convertía en la lucha contra el enemigo espacio virginal, y el mismo hecho de la penetración en su seno y del regreso ya significaba la victoria y autoafirmación del hombre. Cuando los exploradores no tuvieron que guerrear, hasta en estos casos conquistaron el espacio, lo que a veces era mucho más difícil que conquistar a los indígenas. Lo comprendían bien los mismos conquistadores, de lo que testimonian los actos solemnes de la toma de tierra en posesión, descritos por los escribanos. El adelantado corta las ramas de los árboles con la espada, corta la hierba, escribe con la daga en los troncos los nombres de los reyes o, como Cortés en Tabasco, da tres golpes con la espada al tronco de un gran árbol; si se trata del descubrimiento de un lago o del mar, extrae con las manos el agua; luego pasea con la espada desnuda en señal de desafío a algún hipotético pretendiente y termina el acto erigiendo la cruz. Como se ve, las acciones simbólicas están dirigidas al mundo natural. De este modo el acto solemne significa no solamente la toma de posesión, sino también la victoria en la lucha contra el espacio hostil.

Parece que el conquistador no se da cuenta de lo que hace cuando toma tierra en posesión, la tierra también está tomando posesión de él. Lo hechiza, lo aleja de la norma europea, transforma su percepción de la realidad, incluyendo la percepción del espacio mismo. En efecto, el hombre que marchó miles de kilómetros por tierras desconocidas tiene otra idea del espacio, de su extensión y estructura en comparación con la de un europeo. El último vive en un espacio cerrado, estructurándolo por los objetos conocidos: he aquí el centro de este espacio —mi casa—, he aquí sus fronteras —mi pueblo o mi región; y tras de las fronteras hay algo desconocido, pero parecido a lo que hay por aquí; esto está cerca, aquello está lejos... En este mundo pequeño cada objeto está en su sitio, todo es relativamente estable, las distancias son medidas, lo uno está correlacionado con lo otro. El conquistador que marcha por tierras virginales se halla en el espacio abierto que no tiene ni fronteras, ni objetos conocidos, ni puntos de referencia. Este espacio es una extensión sin límite con el centro móvil ya que se trata de los exploradores mismos. En esta extensión se pierden las nociones de lo

cercano y lo lejano. Cien millas por acá, cien millas por allá —son de poca importancia. Por eso los conquistadores siempre están dispuestos a emprender un desvío de unos cientos de kilómetros de longitud para verificar una mentira contada por los indios. Las rutas de las expediciones a veces asombran por su sinuosidad.

Junto con la pérdida del sentido de la distancia el conquistador pierde la noción europea del tiempo. La extensión grandiosa del espacio americano exigía la extensión adecuada del tiempo para su paso; por eso los exploradores no contaron con las pérdidas de tiempo. Ocho meses el alemán Spira buscó el vado a través del río Guaviare. La expedición de Soto duró cuatro años, la de Hutten cinco años. Al tomar la decisión errónea Hutten vagó un año entero para regresar al punto de partida. En las tierras del Nuevo Mundo el conquistador perdió la idea del valor del tiempo. El espacio americano lo volvió al tiempo mitológico primordial, el que se mide no por horas y días sino por las estaciones del año.

Y cuando con esta experiencia, transformados y deformados por el Mundo Nuevo, los conquistadores regresaban a España — ¡cuán angosta y aburrida les parecía la vida europea! El Inca Garcilaso de la Vega cuenta de un tal Hernando de Segovia que regresó de las Indias a Sevilla con cien mil ducados y al cabo de pocos días “murió de puro pesar y tristeza de haber dejado la ciudad de Cuzco”. Y agrega el cronista: “La misma tristeza y muerte ha pasado por otros que han venido, que yo conocí allá y acá”.

Conquistando el Mundo Nuevo los españoles se sometían a él. Transformando la realidad de América, iban transformándose ellos mismos. Descubriendo las tierras nuevas, descubrieron los campos nuevos de su alma. Entonces, ¿quién conquistó a quién?